



Mons. Barron (C) Word On Fire

El Obispo Robert Barron contesta a neo cardenal portugués tras polémicas declaraciones sobre finalidad “no evangelizadora” de la JMJ

Mons. Barron se expresa sobre las declaraciones que hizo el ahora Cardenal encargado de la JMJ.

(ZENIT Noticias / Minnesota, 16.07.2023).- Publicamos un artículo que Mons. Robert Barron, obispo de Winona-Rochester y con una exposición mediática relevante, publicó a propósito de algunas declaraciones del responsable del Comité Organizador de la Jornada Mundial de la Juventud sobre la diversidad y el propósito de la JMJ de Lisboa.

La Jornada Mundial de la Juventud y la conversión de todos a Cristo

Por Mons. Robert Barron

Probablemente ya hayas escuchado que una declaración hecha por el obispo Américo Aguiar ha causado bastante revuelo. Aguiar es el obispo auxiliar de Lisboa, Portugal, y es el coordinador principal de la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Además, en un movimiento muy sorprendente, fue nombrado cardenal por el Papa Francisco. Por lo tanto, es un hombre de considerable influencia, lo cual es una de las razones por las que sus comentarios han recibido tanta atención.

Comentó, en referencia al encuentro internacional que preside:

«Queremos que sea normal que un joven católico cristiano diga y dé testimonio de quién es, o que un joven musulmán, judío o de otra religión tampoco tenga problemas para decir quién es y dar testimonio de ello, y que un joven sin religión se sienta bienvenido y quizás no se sienta extraño por pensar de manera diferente».

La observación que causó más asombro y oposición fue esta: «No queremos convertir a los jóvenes a Cristo o a la Iglesia Católica ni nada por el estilo». Debo admitir que el comentario que más me perturbó, sin embargo, fue este: «Que todos entendamos que las diferencias son una riqueza y el mundo será objetivamente mejor si somos capaces de poner en el corazón de todos los jóvenes esta certeza», insinuando que el desacuerdo fundamental en cuestiones de religión es bueno en sí mismo, de hecho, lo que Dios desea activamente. Muchos católicos de todo el mundo han quedado, por decirlo suavemente, desconcertados por las reflexiones del cardenal electo.

A raíz de la controversia, el obispo Aguiar, para ser justo, ha retractado bastante sus declaraciones, insistiendo en que solo pretendía criticar la manera agresiva y autoritaria de compartir la fe que se conoce con el poco atractivo nombre de «proselitismo» (debo decir que esta aclaración aún no explica su afirmación directa de que no quiere convertir a los jóvenes a Cristo ni a la Iglesia Católica). Pero por el momento, dejaré eso de lado y lo tomaré por su palabra. Sin embargo, me gustaría abordar un problema cultural más amplio que plantea su intervención, a saber, el simple hecho de que la mayoría de las personas en Occidente probablemente considerarían sus sentimientos originales como no controvertidos.

Detrás de gran parte del lenguaje de tolerancia, aceptación y no juzgamiento en relación con la religión se encuentra la profunda convicción de que la verdad religiosa no está a nuestro alcance y que al final no importa lo que uno crea siempre y cuando se adhiera a ciertos principios éticos. Si alguien es una buena persona, ¿a quién le importa si es un cristiano devoto, budista, judío, musulmán o no creyente? Y

si ese es el caso, ¿por qué no veríamos la variedad de religiones como algo positivo, como otra expresión de la diversidad que cautiva tanto a la cultura contemporánea? Y dado este indiferentismo epistemológico, ¿no sería cualquier intento de «conversión» simplemente una agresión arrogante?

Como he argumentado durante años, y a pesar del consenso cultural actual, la Iglesia Católica hace un gran énfasis en la corrección doctrinal. Sin duda alguna, considera que la verdad religiosa está a nuestro alcance y que tenerla (o no tenerla) importa enormemente. No sostiene que «ser una buena persona» sea de alguna manera suficiente, ni intelectual ni moralmente; de lo contrario, nunca habría pasado siglos elaborando sus declaraciones de fe con precisión técnica. Y ciertamente mantiene que la evangelización es su trabajo central, fundamental y más definitorio. El mismo san Pablo dijo: «¡Ay de mí si no evangelizo!» (1 Corintios 9:16); y el Papa san Pablo VI declaró que la Iglesia no es más que una misión para difundir el Evangelio. Ni el san Pablo del siglo I ni el san Pablo del siglo XX pensaron ni por un momento que evangelizar equivale al imperialismo o que la «diversidad» religiosa sea un fin en sí misma. Ambos querían que todo el mundo se sometiera al señorío de Jesucristo. Es precisamente por esto que cada institución, cada actividad y cada programa de la Iglesia están dedicados, en última instancia, a anunciar a Jesús.

Hace algunos años, cuando era obispo auxiliar en California, tuve un diálogo con los miembros del consejo de una escuela secundaria católica. Cuando comenté que el propósito de la escuela era, en última instancia, la evangelización, muchos de ellos se resistieron y dijeron: «Si enfatizamos eso, alienaremos a la mayoría de nuestros estudiantes y a sus padres». Mi respuesta fue: «Bueno, entonces deberían cerrar la escuela. ¿Quién necesita otra academia STEM secular?». No hace falta decir que nunca fui invitado de nuevo a dirigirme a ese consejo. Pero no me importó. Cuando cualquier institución católica, ministerio o programa olvida su propósito evangelizador, ha perdido su esencia.

Lo mismo ocurre con la Jornada Mundial de la Juventud. Una de las mayores contribuciones del Papa san Juan Pablo II a la Iglesia, la Jornada Mundial de la Juventud, siempre ha tenido, inevitablemente, un impulso evangelizador. Al gran Papa polaco le complacía que tantos jóvenes de todo el mundo, en toda su diversidad, se reunieran en estos encuentros, pero si le hubieras dicho que el verdadero propósito del evento era celebrar las diferencias y hacer que todos se sintieran cómodos con quienes son, y que no tenías interés en convertir a nadie a Cristo, habrías recibido una mirada capaz de detener un tren.

Estoy programado para dar cinco presentaciones en la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, y me gustaría asegurarle al obispo Aguiar que cada una de ellas está diseñada para evangelizar.